



## LA VERSIÓN DEL INSURGENTE PEDRO GARCÍA

Es momento de darle la palabra a Pedro García, testigo de los hechos y escritor de una crónica —que no fue citada por ninguno de los historiógrafos que he mencionado— que es la única que narra una versión de lo sucedido desde la óptica del campo enemigo de Calleja.<sup>1</sup> Su autor intentó transmitir los sentimientos y las emociones que experimentó, porque le parecían dignos del mejor cuadro que pudiera pintarse sobre esa famosa batalla. Cuenta que, cuando el ejército americano salió de Guadalajara, era media noche y que llenaba de gozo y entusiasmo verlo avanzar por una ciudad bellamente alumbrada hasta en la puerta más miserable. Vio muchos carruajes con “familias principales” que decidieron seguir en su suerte a las tropas.

Al día siguiente, una muchedumbre de soldados —con los que se mezclaba gente del pueblo deseando combatir— entonaba cánticos libertarios y marchaba llena de ánimo, mientras las “graciosas y seductoras” mujeres los alentaban a pelear por sus derechos. Vio asimismo a un Hidalgo de cincuenta y siete años, vestido con las insignias de generalísimo de América, montar con gallardía un caballo arrogante y arengar con mucha elocuencia a su ejército, a combatir por la libertad. Con gran expectación, gente de todas las clases se colocó en las montañas inmediatas para ser testigos de la batalla y todo en el ambiente era el deseo de ser libres. Apostados primero los americanos en el puente de la Laja, prefirieron dejarlo para encontrar de frente al enemigo, emprendiendo entonces ca-

<sup>1</sup> Esta crónica fue escrita varios años después de 1811, Pedro García, *Con el cura Hidalgo en la guerra de Independencia*, México, Sep-Setentas, 1982, p. 118-130. García era vecino de San Miguel el Grande y fue uno de los primeros en incorporarse a la insurgencia. Su escrito fue publicado por primera vez en *Documentos de la independencia*, México, Publicaciones de la Secretaría de Educación Pública, 1928, con el título *Memoria sobre los primeros pasos de la independencia*. Ignoro si este título fue el que le dio el autor, o si fue, como el segundo, puesto por los editores.

Hay que decir que Anastasio Zerecero era amigo de García, y dice haber incorporado en su historia muchas cosas que éste le relató, aunque no menciona el escrito.

mino hasta Zapotlanejo en cuyas cercanías había una loma muy extendida donde prepararon su línea de batalla.

Según García, la totalidad de individuos que formaban ese ejército no pasaba de ochenta mil, aunque restó de esa cantidad “siete u ocho mil que no estaban todavía en posición para batirse”. De todas formas, creía que los setenta mil que quedaban eran un número “prodigioso” porque, además, se habían reunido en poco tiempo. En cuanto a su armamento, se sentía orgulloso de enlistar en total 86 cañones, cuatro de ellos de calibre grueso (que se montaron en ejes de carretas porque no se pudieron terminar de construir sus cureñas), municiones, parque en abundancia y una artillería regularmente dotada. Con respecto al ejército contrario, creía, y dice que así lo pensaban todos, que Calleja traía consigo seis mil hombres, pero que se le unirían cuatro mil más de un momento a otro.<sup>2</sup> En general, le parecía que sus enemigos estaban bien disciplinados, “o por lo menos, en mejor estado que los independientes”.

La posición que nuestro cronista asigna a los que estaban a la derecha y a la izquierda en ambos ejércitos es exactamente la opuesta a la que describió Calleja. Dijo también que enfrente de Flon estaban Jiménez y Marroquín, quien al mando de una caballería de ochocientos hombres, logró después de su ataque “sacarse a Flon lanzado y arrastrado”. Pero a la batalla en sí no le dedica mucho espacio, porque prefirió contar que ese día tuvieron lugar una serie de desventuras. Primero se refirió a la triste suerte de los indios flecheros de Colotlán —a los que llamó “instrumento de tantas fatalidades”— quienes llegaron al campo de batalla una vez que ya había empezado el ataque del general Arias, y al no encontrar lugar, se colocaron en medio de las dos baterías en acción, siendo “fusilados a dos fuegos”. Esto, dice, fue aprovechado por los realistas para avanzar, y por los insurgentes para contraatacar, en medio de un fuerte estrépito, con su consiguiente humareda.

Después mencionó el incendio del campo, asunto que ocupa la parte medular de su relato. Él nunca vio el estallido de una granada enemiga sobre su parque —tampoco podía haber presenciado todo lo que sucedió en un campo tan extenso— por lo que sólo consignó los errores que produjeron las llamas. Había apuntado antes que los

<sup>2</sup> Se suponía que se uniría el ejército del brigadier Joseph de la Cruz, pero éste no alcanzó a llegar.

dos ejércitos estaban situados sobre un plano cubierto de un zacate bastante crecido — medía un poco más de media vara — y que el día amaneció con un aire del noreste muy fuerte “que llegaba impetuoso sobre el ejército mexicano”. El zacate, que según él se debió haber segado antes, comenzó a arder por la precipitación de los artilleros, que encendían los cañones con estopines que tiraban al suelo todavía con fuego en ellos.<sup>3</sup> Escribió también que ambas artillerías habían tenido su parte en la catástrofe, porque el disparo de los cañones contribuía a sembrar en el campo “muchas vertientes de fuego”, que al poco rato aumentó de manera “terrible”. En medio de esta situación, los insurgentes determinaron hacer una descarga general, aunque sin las precauciones necesarias y sin poder ver dónde apuntaban sus tiros, lo que contribuyó a fomentar el incendio.

Reconoce además, que por descuido, los insurgentes no salvaron los cajones de cartuchos de cañón que tenían al pie de las cureñas, que al paso del fuego causaban grandes explosiones que mataron y asaron a muchos de los suyos, convirtiéndose la batalla en un “espectáculo espantoso”. Los lamentos de los quemados provocaron el temor y el desaliento en las tropas, que empezaron a desbandarse. El camino a Guadalajara se vio de repente impedido en su paso por la gran cantidad de soldados y de coches de los espectadores “con cargas y equipajes”, que buscaban llegar cuanto antes a la ciudad. Recuerda que de nada sirvió la presencia de Allende, de Hidalgo y de otros generales, que trataban de mantener en formación a una tropa llena de terror, que terminó por abandonar el campo. Al cesar los disparos de la artillería y la infantería insurgente, los realistas hicieron alto al fuego. Sólo quedó un angloamericano que con dos culebrinas de a cuatro, “seguía causando perjuicio a los enemigos” hasta que ya fue noche cerrada. Hidalgo, Allende, Aldama, Jiménez y algunos más se apostaron en un lugar alto donde vieron durante tres horas el campo enemigo, el camino a Guadalajara y a su ejército desbandado. Luego Hidalgo pidió su caballo y emprendió la marcha sin saber que caería prisionero poco tiempo después.

En esta versión, Calleja pisó los escombros del campo contrario hasta el día siguiente — no sabía García si por cobardía o por precaución militar — una vez que sus exploradores le confirmaron

<sup>3</sup> El estopín era una mecha encendida que podía ser de algodón impregnado de pólvora desleída en aguardiente.

que estaba libre. Al final, como lo hizo al comienzo, defendió al carismático pero desafortunado Hidalgo, y aunque había contado que la indisciplina fue uno de los motivos de la derrota, terminó apuntando que en una revolución de tal magnitud, era imposible el orden. Creía firmemente que su causa era justa, que se había tratado de un movimiento colosal para su época, y que no los venció Calleja, sino la inexperiencia y el exceso de confianza, que hizo que se les salieran de las manos “los más apreciables elementos”. Reiteró que sólo un ojo conocedor que hubiera observado de cerca los combustibles que ocasionaron aquel incendio abandonaría tantos escrúpulos contra la desbandada del ejército independiente.



19. Miguel Hidalgo y Costilla, litografía de Decaen, *La Ilustración Mexicana*, México, Ignacio Cumplido, 1851, t. IV, en *Nación de imágenes. La litografía mexicana del siglo XIX*, México, Museo Nacional de Arte, 1994, p. 217



## PROVIDENCIALISMOS, MILAGROS, FESTEJOS Y OTROS AUGURIOS

Hacia 1816, cuando el brigadier recordaba cómo había planeado la batalla de Calderón, se veía a sí mismo como César a punto de pasar el Rubicón. Estaba cierto de que con su victoria, cincuenta mil europeos con sus familias aseguraron sus personas y sus propiedades, mientras “El Rey Nuestro Señor” podía estar seguro de “aquellos ricos e importantes dominios”, porque de haberse perdido la acción, la monarquía española ya no contaría entre sus vastas posesiones con el imperio de Moctezuma.<sup>1</sup>

En el ambiente de felicitaciones al virrey por el triunfo y en las respuestas de éste en agradecimiento encontramos alusiones al “adorado soberano”, y en relación con él, “al sosiego público”, “al gobierno justo”, “a la verdadera felicidad” y “a la tranquilidad y el orden”. Ésta era la opinión que a Venegas, a otros funcionarios de la corte y al mismo Calleja les merecía Hidalgo y su movimiento: “ex cura que seducía a sus satélites con imposturas y quiméricas felicidades”; “monstruo del averno”; “tigre que sólo nació para la ruina de su país”; conductor de “infelices alucinados”; “apóstata”; “tirano”; “cruel dominador de obcecados, insolentes y pérfidos revoltosos”, y, entre otras cosas, “promotor de una causa injusta”.

Fue precisamente el brigadier, el primero que escribió en su *detall* que había tenido pocas pérdidas, entre otras cosas como ya lo señalé, “por la visible protección que el Señor de los ejércitos dispensaba a la más justa de las causas”. El 17 de enero de 1811 fue convertido por los realistas “en el día más feliz de nuestra edad presente”. El Cabildo de Guadalajara instituyó que todos los 17 de enero se cantara una misa solemne en la que fuera predicado un sermón cuyo tema debía ser la demostración de que la victoria de Calderón “fue un señalado beneficio de la Providencia Divina que quiso declarar la justicia de la más santa causa [...] y afirmar los

<sup>1</sup> “Las campañas de Calleja en la guerra de Independencia”, *Boletín del Archivo General de la Nación*, México, 1948, t. XIX, p. 485.

derechos del trono y del altar”.<sup>2</sup> Juan Bautista Díaz Calvillo dijo en uno de sus sermones más importantes que, dada la posición de los insurgentes y su gran número de combatientes y de cañones, “era casi imposible [que] quedara vivo uno de los nuestros, si la particular Providencia de Dios no los hubiera defendido y auxiliado”. Para este religioso, Dios era el capitán general de los ejércitos del rey, así como lo había sido de “un piadoso rey de Judá”, e insistió en que fue precisamente el Señor el que se dignó –por mediación de su augusta madre– extender su brazo poderoso contra sus enemigos para confundirlos y humillarlos.<sup>3</sup>

Servando Teresa de Mier escribió, a propósito y con mucha ironía, que los opresores siempre salían con la “cantilena” de que habían contado con la visible protección de Dios.<sup>4</sup> Carlos María de Bustamante, más fervoroso que el primero, dijo al respecto que los monarcas y los generales no estaban destinados a luchar contra la naturaleza. Por eso creía que lo sucedido fue dispuesto así por la Providencia “para purificarnos y para que apreciásemos algún día el mérito de nuestra libertad y de hechos tan hazañosos”.<sup>5</sup> Mora, algo burlón, dijo que el arzobispo y el virrey querían radicar en el pueblo la idea de que sus triunfos se debían a la especial protección del cielo sobre la causa española y en contra de los “herejes insurgentes”.<sup>6</sup> Por último, Emilio del Castillo Negrete también se refirió a los designios de Dios, aunque con total optimismo y haciendo uso de la perspectiva que le daba escribir más de sesenta años después del suceso. Fue precisamente la Providencia la que, según este autor, premió la heroicidad de sus hijos al decretar la independencia y la

<sup>2</sup> 7 de julio de 1811, en *Colección de documentos para la historia de la guerra de Independencia de México*, recopilada por Juan Hernández y Dávalos, México, Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, 1985, t. II, p. 500.

<sup>3</sup> Juan Bautista Díaz Calvillo, “Noticias para la historia de Nuestra Señora de los Remedios...”, *ibid.* Este sermón fue enviado a todas las comunidades religiosas masculinas y femeninas, con la obligación de que lo leyeran y lo archivaran. Véase “Cordillera acompañando un ejemplar para que se lea en comunidad el sermón publicado por el padre Díaz Calvillo”, en AGN, *Bienes Nacionales*, v. 729, exp. 48.

<sup>4</sup> Servando Teresa de Mier, *Historia de la revolución de Nueva España*, edición facsimilar de la de 1823, México, Instituto Cultural Helénico/Fondo de Cultura Económica, 1986, p. 360.

<sup>5</sup> Carlos María de Bustamante, *Cuadro histórico de la revolución mexicana*, segunda edición, México, Imprenta de Lara, 1843, reproducida de forma facsimilar, México, Instituto Cultural Helénico/Fondo de Cultura Económica, 1985, t. 1, p. 191.

<sup>6</sup> José María Luis Mora, *México y sus revoluciones*, edición facsimilar de la de 1836, México, Instituto Cultural Helénico/Fondo de Cultura Económica, 1986, t. III, p. 138.



libertad de México. “¿Qué importaba [se preguntó] una victoria más o menos? ¿Qué el prolongar la lucha un poco más de tiempo?”<sup>7</sup>

Díaz Calvillo fue uno de los promotores de la virgen de los Remedios como la que abogó por la causa del rey — por eso la llamó “insigne libertadora”, intercesión que les habría permitido conseguir varios triunfos. Este sacerdote fue, además, el creador de la leyenda — basado en el testimonio de algunos oficiales realistas — de que la virgen con esa advocación les hizo un milagro que, según él, fue patente en muchas de las batallas que ganaron a los insurgentes. Creía que en los días de éxito aparecían en el cielo unas nubes en forma de palmas<sup>8</sup> — no olvidemos que la palma se ha visto desde la antigüedad como símbolo de la victoria — que empezaron a manifestarse el 7 de noviembre de 1810, precisamente sobre la catedral de la ciudad de México donde por esos días se veneraba “la prodigiosa imagen”. Además de mencionar el mismo fenómeno una vez concluida la acción de Aculco, Díaz Calvillo asentó que aparecieron palmas sobre el ejército real en las “cuatro batallas posteriores”, donde incluía sin nombrarla a la de Puente de Calderón. No he encontrado, por cierto, ningún testimonio o relato de que las hubiera habido en ésta, pero el asunto de la aparición de esas nubes asociadas a los triunfos realistas fue ampliamente comentado, incluso con sarcasmo, como diré más abajo.

Entre las celebraciones por la victoria de 1811, el virrey y el arzobispo promovieron que fuera solemnizada con un novenario en catedral “a la portentosa imagen de los Remedios”. Éste tuvo lugar entre el 13 de febrero y el 21 de ese mes, día en que se ofició una misa “con un aparato suntuoso y magnífico” y con un sermón pronunciado por Mariano Beristáin. De ahí salieron todos en una procesión que siguió el mismo trayecto que se hacía el día de Corpus Christi. En el centro de la marcha “era conducida en hombros de sacerdotes la dicha santa imagen”, carrera que incluyó como siempre a las parcialidades indígenas, las cofradías, las hermandades, las comunidades religiosas, el clero y el cabildo, los tribunales,

<sup>7</sup> Emilio del Castillo Negrete, *México en el siglo XIX, o sea, su historia desde 1800 hasta la época presente*, México, Santiago Sierra Tipógrafo, 1877, t. II, p. 10.

<sup>8</sup> Las nubes cirros se localizan en la atmósfera a una altitud más o menos de 8 km. Se trata de nubes formadas por cristales de hielo, que son estirados por las corrientes de viento, dándoles un aspecto plumoso o en hebras. Lucas Alamán escribió que, en su tiempo, eran comunes en el mar y que los marinos las llamaban “rabos de gallo”.

el consulado, la universidad, el ayuntamiento, la real audiencia y el virrey. No faltaron campanas a vuelo, salvas y adornos en las calles. A los lados se apostaron dos alas del regimiento de milicias urbanas de México y los tres batallones de patriotas distinguidos de Fernando VII, “los que por orden superior – continúa contando Díaz Calvillo – hicieron a la santa imagen los honores militares correspondientes al empleo de capitán general”.



Calleja siguió viendo palmas en el cielo cuando tomó Zitácuaro en enero de 1812. Según Alamán, el brigadier “se aprovechó con habilidad de un fenómeno natural harto común y que se ve con indiferencia cuando no hay ocasión de interpretarlo como prodigio”, pero que fue materia de crítica sangrienta y mordaz por los adictos a la insurrección.<sup>9</sup> Un mes después, el ejército realista encabezado por su jefe, hizo su entrada triunfante a la ciudad de México, precisamente el 5 de febrero, fiesta del santo mexicano san Felipe de Jesús. Cuenta de nuevo Alamán, que la solemnidad del acto se vio turbada por un accidente inopinado: con los vivas y aplausos del pueblo, el caballo en el que iba montado el director de artillería, Judas Tadeo Tornos – que marchaba al lado de Calleja –, se alborotó “parándose de manos” y golpeó en la cabeza a don Félix, quien cayó al suelo recibiendo un golpe muy fuerte, a tal grado, que lo cargaron hasta una casa donde estuvo un rato en cama, antes de poder ir en coche a presentarse ante el virrey. Los que se habían burlado del prodigio de las palmas contraponían a ese agüero el de la caída del orondo militar en plena celebración de su triunfo.<sup>10</sup>

Díaz Calvillo mandó hacer un grabado con el que ilustró su texto, a partir del dibujo del capellán que acompañó a Calleja, fray Diego Manuel Bringas, quien dejó memoria gráfica de tres palmas manifestadas en la bóveda celeste: dos que se habrían visto en los días previos a la toma de Zitácuaro y otra un día antes de que

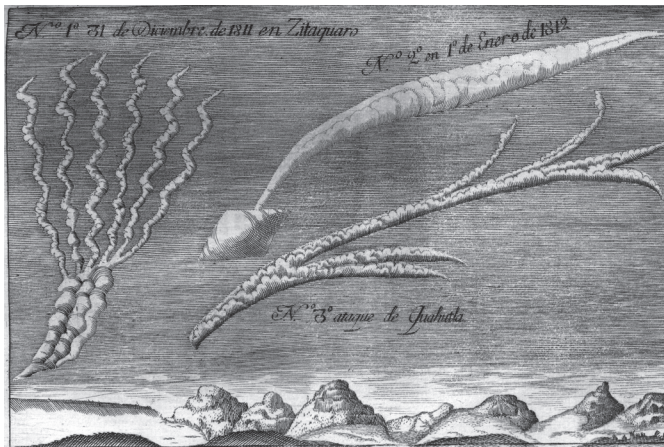
<sup>9</sup> Lucas Alamán, *Historia de Méjico*, México, Imprenta de Lara, 1850, edición facsimilar, México, Instituto Cultural Helénico/Fondo de Cultura Económica, 1985, t. II, p. 453-454.

<sup>10</sup> *Ibid.*, t. II, p. 476. En el tomo III de su *Historia...*, p. 205, este autor se refiere a otras palmas refulgentes vistas por los realistas cerca de San Miguel el Grande el 4 de febrero de 1812 y comenta que el fenómeno se había puesto de moda.



el brigadier atacara Cuautla.<sup>11</sup> A Carlos María de Bustamante le parecía extraño que, siendo Díaz Calvillo tan exacto en referir los milagros de la virgen de los Remedios y apreciando tanto “las palmitas de nubes”, no mencionara en su crónica la caída de Calleja. Para Bustamante, sin embargo, no había presagio en ninguno de los casos sino simples contingencias.<sup>12</sup>

El éxito sobre Hidalgo y las acciones que siguieron le abrieron a Félix María Calleja las puertas para ser nombrado virrey de la Nueva España, cargo que ocupó entre 1813 y 1816. También, gracias a ese triunfo, obtuvo varios ascensos militares y un título de nobleza: fue mariscal de campo en 1813, teniente general en 1814, y ya estando en España, vizconde de Aculco y conde de Calderón en 1818<sup>13</sup> y, finalmente, general en 1819. Su vida se prolongó hasta el año de 1828, cuando terminó sus días en su país natal con una afección hepática y en cierto olvido.



20. *Palmas de la victoria*, grabado anónimo a partir del dibujo de fray Diego Miguel Bringas, en Juan Bautista Díaz Calvillo, *Noticias para la historia de nuestra señora de los Remedios desde el año de 1808, hasta el corriente de 1812. Ordenábalas el autor del sermón antecedente. Con licencia*, México, Casa de Arizpe, 1812, entre las páginas 248 y 249

<sup>11</sup> Este grabado forma parte de la obra de Juan Bautista Díaz Calvillo, *Noticias para la historia de Nuestra Señora de los Remedios desde el año de 1808, hasta el corriente de 1812*, México, Casa de Arizpe, 1812, entre las páginas 248 y 249.

<sup>12</sup> Carlos María de Bustamante, *op. cit.*, p. 325.

<sup>13</sup> Archivo del Ministerio de Justicia, Madrid, leg. 334-3, n. 3532, doc. 4. Este título fue solicitado para Calleja por los tribunales, corporaciones y Ayuntamiento de México.



INSTITUTO  
DE INVESTIGACIONES  
HISTÓRICAS